

Puntos de inflexión. Comunistas y trotskistas ante el movimiento obrero peronista.

Matías Rey.

Cita:

Matías Rey (2017). *Puntos de inflexión. Comunistas y trotskistas ante el movimiento obrero peronista. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/658>

“PUNTOS DE INFLEXIÓN”

Comunistas y trotskistas ante el movimiento obrero peronista

Autor: Matías Rey

Eje temático: Sociología histórica

Mesa: Marxismo e historia argentina

Institución de pertenencia: Facultad de Ciencias Sociales - UBA

E-Mail: revanchadeamerica@gmail.com

RESUMEN: se propondrá elaborar una cronología y análisis de las estrategias político-sindicales de la izquierda argentina ante la reorganización del movimiento obrero ocurrida durante el primer peronismo (1943-1955). No se buscará una reconstrucción histórica minuciosa, sino que se analizarán determinados momentos en los cuales se observen importantes transformaciones en el modelo sindical, las alzas y bajas de las luchas obreras, y en la reconfiguración de las conducciones gremiales.

Las políticas de izquierda tomadas en cuenta serán la del Partido Comunista Argentino (PCA) y la de las organizaciones trotskistas dirigidas por Nahuel Moreno (Grupo Obrero Marxista, luego Partido Obrero Revolucionario).

El PCA supo ser el partido de izquierda con perspectiva anticapitalista más importante de aquel momento, con años de experiencia en la conducción de sindicatos y centrales obreras. Por su parte, el “morenismo” ofrece un claro contraste: se trata de una corriente adversaria del comunismo oficial (“estalinismo”) que en los comienzos del período estudiado no era un grupo demasiado numeroso ni estructurado.

Los momentos de vertiginoso cambio político son “prueba de fuego” para las organizaciones populares. Es cuando se pone en juego el acumulado (teórico, político, social) de cada corriente, y cuya lectura crítica abre el campo para reflexiones de relevancia presente.

Palabras clave: movimiento obrero argentino, marxismo, comunismo, trotskismo, peronismo.

Este trabajo se propone elaborar una cronología y análisis de las distintas estrategias político-sindicales de la izquierda argentina ante la reorganización del movimiento obrero ocurrida durante el primer peronismo. El período histórico estudiado abarca las dos primeras presidencias de Juan Domingo Perón (1946-1952, 1952-1955), aunque también me remontaré al momento inmediatamente anterior, en el cual dicho líder político haría su primera experiencia en relación al movimiento sindical como titular de la Secretaría de Trabajo y Previsión (1943-1945). Al tratarse de un ciclo prolongado y complejo para los alcances de este trabajo, no se buscará una reconstrucción histórica minuciosa e integral, sino que se analizarán determinados momentos en los cuales se observen importantes transformaciones en el modelo sindical, las alzas y bajas de las luchas obreras, y en la reconfiguración de las conducciones gremiales.

Los momentos de vertiginoso cambio político suelen ser “prueba de fuego” para las organizaciones populares. Son tiempos de rupturas, reagrupamientos, y cuando se pone en juego el acumulado (teórico, político, social) de cada corriente. Sin dudas, el surgimiento del peronismo (con su nuevo elenco de gobierno, su movilización de masas y su tremendo impacto en la conformación del movimiento obrero) constituye un momento histórico más que propicio para estudiar las respuestas que se dieron desde las izquierdas preexistentes.

Para este trabajo decidí centrarme en dos corrientes específicas: por un lado, el Partido Comunista Argentino (PCA); por el otro las organizaciones trotskistas dirigidas por Nahuel Moreno (Grupo Obrero Marxista, luego Partido Obrero Revolucionario). Descarté las organizaciones anarquistas ya que en el período estudiado, y luego de jugar un papel clave en los orígenes del sindicalismo argentino, se hallaban en un declive del cual no se recuperarían. El Partido Socialista, por su parte, se encuadraba en un sector del movimiento obrero internacional cuyo distanciamiento del marxismo ya llevaba décadas y que en la Argentina se reforzaba con el hecho de que el partido local jamás había abrazado dicha escuela teórica de manera primordial. Quedan de lado a los fines de este estudio, entonces, estos dos importantes sectores no marxistas del movimiento obrero argentino.

Elegí en primer lugar al PCA por ser el partido de izquierda con perspectiva anticapitalista más importante de aquel momento, con largos años de experiencia en la conducción de sindicatos y centrales obreras. Por su parte, el “morenismo” ofrece un claro contraste: se trata de una corriente adversaria del comunismo oficial (“estalinismo”) que en los comienzos del período estudiado no era un grupo demasiado numeroso ni estructurado. Se eligió a esta corriente trotskista y no a otras (como el “posadismo” o la “izquierda nacional”) por considerar que fue la que dedicó más esfuerzo militante y elaboración política en torno a la inserción en el movimiento obrero.

Buscaré contrastar caracterizaciones y líneas políticas partiendo no sólo de las diferentes orientaciones de ambas corrientes, sino también analizando sus recorridos previos y contemporáneos al proceso histórico que se estudia. Analizando cómo las diferentes estrategias se relacionan, también, con disímiles puntos de partida.

LOS COMUNISTAS

Quien se acerque al estudio de la inserción y proyección sindical del Partido Comunista Argentino (PCA) en el período estudiado, se encontrará con algunas perplejidades. En primer lugar, el llamativo contraste entre el peso adquirido por los comunistas en el movimiento obrero y su retroceso definitivo desde los primeros tiempos del peronismo en el gobierno. A lo largo de la década del 30, el PCA será sin dudas la fuerza de izquierda más dinámica en el mundo del trabajo, aumentando significativamente su inserción y evidenciando una representatividad que jamás volvería a tener ninguna fuerza de izquierda:

“Existe una cuestión que fue apenas encarada por la historiografía referida al movimiento sindical de entreguerras y es la del legado y el aporte específico que el PC dejó a este último. Ello debe indagarse, sobre todo, a partir del período que se abre desde mediados de la década de 1930, cuando el partido completó su implantación, logró el control de importantes organizaciones gremiales y encontró un lugar en la conducción de la CGT (consiguiendo una destacada cantidad de cargos en el Comité Central Confederal de dicha entidad y, en 1942, su vicepresidencia, en manos del albañil Pedro Chiarante). El PC impuso a sus cuadros como secretarios generales de los seis sindicatos clave del sector industrial: la poderosa Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), la

Federación Obrera de la Industria de la Carne (y su extensión, la Federación Obrera de la Alimentación), el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica, la Unión Obrera Textil, la Federación Obrera del Vestido y, posteriormente, el Sindicato Único de Obreros de la Madera. La gran mayoría de ellos eran miembros del propio Comité Central del PC en 1943, una situación que históricamente no se había dado ni se volvería a repetir en otro partido de la izquierda argentina. Esas y otras organizaciones sindicales dirigidas por el PC superaban los cien mil afiliados/cotizantes hacia principios de los años 40.” (Camarero, 2012, p. 9)

De esta presencia no hegemónica pero sí determinante en los procesos de lucha y organización obrera de aquellos años, quedan pocos rastros en el período siguiente. Y digo “rastros” en el más literal de los sentidos: es llamativamente escasa la producción historiográfica que registre con alguna minuciosidad la presencia y la actividad de los comunistas en el movimiento obrero durante las primeras presidencias peronistas. Sobre todo teniendo en cuenta que el PCA sale de esa década con una reducción significativa de su peso en la clase trabajadora, pero lejos de la marginalidad: en 1957, los comunistas serán parte fundamental en la fundación de las “62 Organizaciones” y muchos de sus cuadros sindicales tendrán una actuación destacada en las diversas huelgas realizadas durante el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962).

Es probable que esta suerte de “laguna historiográfica” sea parte de una carencia aún mayor, mencionada por Schiavi en torno a la problemática más general de las relaciones entre sindicalismo y peronismo: existe un viejo y nutrido debate en torno a los orígenes del peronismo (1943-1946) y su vinculación con el movimiento obrero, pero un muy escaso estudio de los devenires del sindicalismo durante las primeras presidencias peronistas (1946-1955). Esta ausencia es especialmente notoria en lo que hace a la conflictividad a nivel de sindicato por rama, cuyo estudio ha tendido a ser opacado por el de las vicisitudes de la cúpula de la CGT (2009, p. 22-24; 2013, “Introducción”)

Para poder realizar este apartado de la monografía, debí seleccionar textos extraídos de numerosas obras que en muchos casos no se dedicaban a este tema específico, así como recabar material en el muy poblado Archivo Histórico del PCA (ver “Bibliografía” y “Materiales del Archivo Histórico del PCA”). Finalmente, también realicé una entrevista a Héctor Santarén, ex militante del PCA y delegado en los gremios jabonero, textil y metalúrgico (en ese orden cronológico) durante el período estudiado¹. De esta manera, pude ir “uniendo piezas” para reconstruir una cronología y realizar un análisis de la política desarrollada por el PCA en el primer peronismo.

De “batir al naziperonismo” a la unidad del movimiento obrero

Los años de gestación del fenómeno peronista (1943-1946) presentan desde un primer momento un profundo conflicto entre la dirigencia comunista y el nuevo régimen. El antagonismo se desarrollará con particular algidez en el movimiento obrero, centro de gravedad de la política comunista y, al mismo tiempo, último reducto fuerte de un gobierno militar que iba siendo abandonado paulatinamente por las llamadas “fuerzas vivas” de la sociedad (es decir, las distintas fracciones de la burguesía y de los partidos tradicionales). El peronismo, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión (STyP) irá hilvanando una política de “paralelización” sindical, reconociendo (cuando no promoviendo) nuevas entidades gremiales en disputa con las conducidas por los comunistas, muchas veces mayoritarias. Es por eso que al revisar la prensa partidaria de aquellos

¹ Fue delegado de Jabón Federal en 1947, de la fábrica Alpargatas desde comienzos de la década del 50, y verá la caída del peronismo como trabajador de una metalúrgica. Posteriormente, será Secretario General de la Federación Juvenil Comunista y en la década del 90 romperá con el partido. Hoy, es militante de Libres del Sur. Aporto esta información para jerarquizar el testimonio del entrevistado, un cuadro de mucha trayectoria y cuya desvinculación actual del PCA brinda a su testimonio cierta distancia que puede ser útil para una lectura histórica. Por razones de espacio, no citaré demasiados pasajes de la entrevista, que de todas formas me fue fundamentalmente útil para elaborar un boceto de línea de tiempo en torno a la temática, y para conocer la situación de la militancia comunista durante los años fundacionales del peronismo.

tiempos, nos encontramos con un panorama paradójico desde nuestra mirada contemporánea: es la izquierda quien exige unidad sindical al peronismo. “*Los trabajadores por la unidad*” o “*Pide la unidad del gremio la Unión Obrera Textil*” son dos titulares del periódico *La Hora* que dan cuenta de esa línea de intervención por parte del PCA (ediciones del 21/11/45 y del 01/02/46, respectivamente).

Pero probablemente el hecho más significativo será la constitución en 1945 de la *Comisión Pro Central Obrera Independiente*: al calor de una campaña electoral orientada por la unión de todas las “fuerzas democráticas” contra la amenaza “peronazi” se exigía un sindicalismo independiente del gobierno. Según el relato oficial del PCA se logró agrupar en esta iniciativa a alrededor de 300 organizaciones profesionales, aunque otros autores hablan de la “escasa influencia y representatividad” de este agrupamiento (*La Hora*, 21/11/45; Meléndez y Monteagudo, 1971, p. 83). Es probable que haya un poco de ambas, y que los comunistas hayan logrado reunir muchas entidades que se hallaban en proceso de “vaciamiento” de su fuerza organizativa y de deterioro de sus capacidades de intervención política. En cualquier caso, es interesante anotar cómo el sindicato único por rama de actividad y la vocación de aunar esfuerzos múltiples en una central obrera eran rasgos distintivos del modelo sindical propuesto por los comunistas. “*Queremos un solo sindicato por industria y una sola central sindical*”, declaraba el Comité Ejecutivo del PCA en su manifiesto del 1° de Mayo de 1946 (Arévalo, 1986, p. 73). Esta orientación se sostendrá, en lo fundamental, ante coyunturas muy variables.

El caso del gremio de la construcción es representativo de una época de profundas complejidades y reorganización del movimiento obrero. La Unión Obrera de la Construcción (UOCRA, actual sindicato único de la rama) es fundada en 1943 por un grupo de opositores a la conducción comunista de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC, sindicato entonces mayoritario) y logra el reconocimiento de la llamada “CGT 1” (central obrera que confrontaba con los comunistas por la conducción del movimiento obrero), que no obstante no logra controlar políticamente a la nueva entidad, interviniéndola en 1946. Finalmente y tras un año de intervención, el sindicato quedará definitivamente “peronizado” y será uno de los baluartes del renovado movimiento sindical. Pero en este resultado también hubo participación desde fuera: en el marco de las resoluciones del XI Congreso del PCA (agosto de 1946), los comunistas disuelven la FONC, junto a otros gremios que controlaban, para ingresar a las entidades reconocidas desde el Estado y la flamante CGT única. La reclamada unidad sindical se realizaba, pero dentro de los sindicatos alternativos.

En la entrevista realizada, Héctor Santarén se refiere al impacto de ese período de transición:

“Fue un golpe tremendo para nosotros, éramos como treintipico de gremios que no nos daban nada [desde el Estado]. Ahí hay una política bien orientada [por parte del PCA]. Vino Codovilla, Rodolfo Ghioldi, y nos aconsejaron: “en esta etapa no queda otra que disolver lo nuestro y entrar a cada uno de los otros gremios”. Y bueno, eso dio resultado... relativo. Porque en algunos lugares a los más conocidos nuestros no los dejaban ni entrar, pero los que éramos menos conocidos pasábamos. Pero me refiero a una visión política que era justa. En ese momento podríamos haber dicho: “No, nos quedamos en los gremios ilegales”. Pero dijimos “Vamos a hacer nuestra política hasta donde podamos en cada uno de los gremios, dedicándonos a la base, a las comisiones internas”. Tal es así que después terminamos formando parte de la creación de las 62 Organizaciones, pero ya los gremios que dirigíamos no eran tantos.”

La visión que en esos momentos planteaban los máximos dirigentes del PCA es coincidente. Rubens Iscaro, dirigente comunista del gremio de la construcción, afirmó que “*después del triunfo electoral del peronismo en 1946 (...) la nueva situación creada planteaba encarar el problema de la unidad sobre otras bases*” (1958, p. 231). En el propio pleno del XI Congreso, Victorio Codovilla sintetizó:

“Es claro que lo lógico y lo normal hubiese sido que la unidad sindical se realizara de acuerdo con las normas democráticas, que son de práctica nacional e internacional, o sea, establecer acuerdos entre las direcciones de los sindicatos paralelos y luego proceder a la fusión de los mismos en asambleas públicas, en las que los afiliados pudieran elegir democráticamente las direcciones de los sindicatos fusionados. Esto es lo que propusieron nuestros camaradas, pero las organizaciones sindicales peronistas no los aceptaron y para ello se escudaron en diversos pretextos tales como el de que sus sindicatos eran reconocidos por la Secretaría de Trabajo y Previsión y que la unidad sólo podía hacerse en el interior de los mismos. A pesar de que algunas de las organizaciones sindicales dirigidas por nuestros camaradas tenían una cantidad de afiliados más considerable que los sindicatos paralelos, nuestros camaradas aceptaron esa imposición nada democrática y propusieron a los afiliados de los sindicatos dirigidos por ellos disolverse e ingresar individualmente en las organizaciones reconocidas oficialmente por la Secretaría” (citado en Arévalo, 1986, p. 81)

Se trata sin dudas de un período determinante en la vida del Partido. De una caracterización en la cual peronismo sería un movimiento fascista organizado por la policía y con una base social *lumpen*, que venía a quebrar y someter al movimiento obrero, se pasa (¡en apenas seis meses!) a una línea de intervención (plasmada en el XI Congreso) que reconoce la base social eminentemente obrera de un nuevo gobierno al que se define como patronal, pero no fascista. En el terreno sindical, se plantea la disolución de los sindicatos contruidos y dirigidos por fuerza propia para entrar a los nuevos gremios reconocidos desde el Estado, con la intención de desarrollar una política de disputa en la central obrera única.

Jugar de visitante: las luchas obreras y el Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos.

La próxima etapa del gobierno peronista encontrará a un PCA cuya inserción sindical se desarrolla casi exclusivamente en los gremios oficiales y la CGT. A partir de 1948 comenzará a construir el *Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos*. Luego de tres años de transformaciones importantes en el movimiento obrero, los comunistas ya no buscan ser un ariete unificador de diversas organizaciones gremiales sino que impulsan una corriente interna en la central obrera única que desarrolle una propaganda en favor de la democracia sindical y la independencia con respecto al Estado. Justamente dos aspectos donde entendían que podían tener “ventajas comparativas” respecto a las conducciones oficiales, muy ligadas al gobierno peronista y con crecientes grados de burocratización en la toma de decisiones.

A nivel político-general el Partido irá acercando posiciones con el gobierno, en clave de “unidad de acción” en algunos casos (como ante el intento de golpe de Estado derechista de 1951) o al menos manteniendo una diferenciación netamente izquierdista y, en contraste con la experiencia de la Unión Democrática, sin coincidencia alguna con fuerzas de derecha (como en el posicionamiento ante la reforma constitucional de 1949). Este proceso de acercamiento llegará a su cima en 1952, cuando, según Campione, “registró un vuelco al apoyo a la gestión de Perón, que resultaba contemporáneo de las tentativas del presidente de captar a sectores hasta ese momento opositores para un sustento a su gestión. La experiencia terminó sofocada como “desviación”, expulsión mediante de algunos dirigentes de elevado rango” (s. f., p. 6). Se trata del famoso “caso Real”, por Juan José Real, secretario de organización del PCA y cara visible del acercamiento al peronismo, destituido luego de esta experiencia trunca. Tras lo cual el Partido volverá a ubicarse en una vereda opositora aunque ya sin el acercamiento a los partidos tradicionales que plasmara en 1946. La caída del peronismo en 1955 encontrará al PCA apoyando a las “masas católicas” dirigidas por la

Iglesia oficial en su conflicto con el gobierno, pero oponiéndose al golpe de Estado que finalmente se haría con el poder en septiembre de ese año.

Por debajo de estos “sucesivos reacomodamientos” (Campione, p. 5) la orientación sindical del PCA permanecerá relativamente inmutable y se caracterizará por sus posiciones marcadamente combativas. El programa mínimo de reivindicaciones de cara a la clase trabajadora no sufrirá alteraciones significativas y permanecerá estructurado en torno al salario y la carestía de la vida, aunque en 1952 se introduce brevemente la consigna de “control obrero” en fábricas y empresas (no casualmente, en el contexto descrito más arriba, en que se plantea una unidad más estrecha con el gobierno, unidad que requiere una más nítida delimitación por izquierda). El eje de toda la actividad propagandística del *Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos* no será la confrontación directa con el gobierno peronista sino a través de las direcciones sindicales del momento, a las que se plantea suplantar y, en los hechos, se logrará reemplazar por comités de huelga en algunos conflictos señeros como la huelga metalúrgica de 1954. De todas formas, estas nuevas conducciones permanecen a nivel sectorial y en ellas los comunistas jugarán un papel activo pero minoritario (Schiavi, 2009, p. 41 y ss.).

Habrá que esperar al frustrado intento de reunificación de la CGT en 1957 y la “normalización” impulsada por Frondizi para que los dirigentes sindicales comunistas vuelvan a ocupar un lugar de referencia en la política sindical argentina.

Aprender, desaprender, y los trenes que vuelven/no vuelven a pasar: algunas conclusiones posibles

Sobre el rol minoritario que le cupo al PCA (y con él, al grueso de las izquierdas) en el movimiento obrero argentino desde la llegada del peronismo, se han derramado ríos de tinta y se invierten aún camiones-cisterna de saliva. Desde casi todas las esquinas del pensamiento y la militancia nacional-popular se ha insistido sobre el esencialismo anti-nacional que tendría la particular versión del marxismo que desarrolló el PCA (y por extensión, todas las izquierdas no yrigoyenistas en su momento, y no peronistas luego). En esto estaría la clave de la incomprensión del PCA de lo que estuvo en juego en el país entre 1946 y 1955: los comunistas argentinos pensaban como europeos, y vieron fascismo donde había un movimiento de liberación nacional con base en el “nuevo proletariado” que venía del Interior. Esta mirada “exotista” cuenta con algunos importantes elementos a su favor: la mirada oficial del PCA sobre la historia argentina reconoce notorios puntos de contacto con la que elaboró el liberalismo mitrista, e incluso se observa su influencia en la obra de un Leonardo Paso (1988, cap. 3), historiador relativamente “tardío” del PCA (en el sentido de que el grueso de su obra la realizará luego de las convulsiones de 1943-46).

Pero este enfoque omite que los comunistas fueron la corriente de izquierda que mejor y más efectivamente comprendió el fenómeno de la industrialización de la década del 30 y de las migraciones interna: *“Por otra parte, es bastante obvio que si el PC fue perdiendo sus posiciones en el movimiento obrero desde 1943-1944 no fue por algún tipo de esencialismo “antinacional” o “antipopular”, característico de esa organización (...) Tampoco, por un cambio en la composición social de los trabajadores, que habría ido erosionando la influencia de los viejos partidos de clase y los habría tornado incapaces de organizar a la “nueva clase obrera”, como se desprende de los estudios sociológicos de Germani y otros autores; de hecho, el comunismo fue la corriente que mejor logró expandirse entre el joven proletariado formado como producto del crecimiento industrial de los años treinta”* (Camarero, 2012, p. 13-14)

Asimismo, la desafortunada caracterización de “fascismo” aplicada al naciente peronismo no reconoce como única inspiración al panorama internacional de fines de la Segunda Guerra. El PCA había sido efectivamente reprimido y perseguido en territorio argentino, con especial encarnizamiento durante la década del 30 cuando, junto a otras corrientes de izquierda, sufrió la permanente amenaza (concretada en numerosas ocasiones) de la Ley de Residencia, así como las actividades de la Sección Especial de Represión al Comunismo de la Policía Federal. Con el telón de fondo de la adopción de la táctica del “Frente popular” por parte de la Internacional Comunista (1935) y la muy argentina experiencia de la represión durante la llamada

“década infame” es que los comunistas comienzan a plantear una unidad de los “partidos democráticos” por la vigencia de las libertades constitucionales. Es de hecho en el último Congreso de la CGT antes del golpe de 1943 (es decir, con anterioridad a la entrada de Perón en la escena pública) cuando, con apoyo de los comunistas, se plantea la necesidad de construir la Unión Democrática (Torre, 2011, p. 70-72). Con lo cual, la fallida caracterización del peronismo por parte del PCA no provendría de un extravío momentáneo, sino de persistir en una táctica cuando la etapa histórica que le dio nacimiento ha cambiado decisivamente.

Coincidencia o no, es un ex comunista pasado al peronismo de izquierda quien aporta algo en estas reflexiones. Dijo el poeta Juan Gelman que *“las fuerzas de liberación tienen dos tareas permanentes, que son aprender y desaprender. Es decir, aprender lo que está ocurriendo, adaptar las cosas a la realidad y modificarla. Pero también se debe desaprender, en el sentido de no pensar que esa nueva situación creada, cualquiera fuere, se da así y se va a dar así para siempre”* (Mero, 2014, p. 100). Siguiendo este razonamiento, hay una falla a la hora de “desaprender” que se observa en el PCA al confluir en la Unión Democrática enfrentando al que caracteriza como “naziperonismo”.

Y sin embargo, hay más. La revisión de la orientación partidaria en el XI Congreso es de una radicalidad pocas veces observada, particularmente en lo que atañe a un territorio tan delicado como el sindical (donde las construcciones llevan años y décadas, y también en años y décadas se revierten las derrotas).

Puede que el PCA haya “desaprendido” demasiado tarde, incluso haciéndolo a toda velocidad. Existen puntos de inflexión en la historia de las clases trabajadoras, que al decir de Luis Tapia son *“como un gran horno en el que participa casi toda una sociedad, unos más activamente que otros, en la elaboración del pan que van a comer por un largo tiempo”* (citado en Ouviaña, 2010, n. al pie). Las decisiones políticas asumidas por el PCA en 1945-46 fueron determinantes en “un largo tiempo”, incluso aunque antes y después de ese momento muchas de sus políticas hayan sido completamente acertadas y sus inserciones obreras hayan podido prosperar en casos puntuales. Esto sin dudas explica el retroceso del comunismo en un “largo tiempo”... que no es lo suficientemente impreciso como para extender sus confines hasta el día de hoy, y que no nos explica, por lo tanto, por qué ese proceso no pudo ser revertido. Otros puntos de inflexión, otros “grandes hornos” de la historia (los años 60, la última dictadura cívico-militar) seguramente puedan ofrecer pistas para llegar a una respuesta, que escapa con mucho a los límites de este trabajo.

LOS TROTSKISTAS DE NAHUEL MORENO

A diferencia del comunismo oficial (PCA), ya estructurado nacionalmente y con inserción y referencia crecientes en el movimiento obrero, el trotskismo argentino era a comienzos de la década del 40 un conglomerado de pequeños grupos. Animados por lo general en torno a la figura de algún dirigente con perfil intelectual, su presencia en los órganos reivindicativos de la clase trabajadora era virtualmente inexistente, aunque sí habían logrado captar individualmente a algunos dirigentes sindicales (como el maderero Mateo Fossa, que incluso llega a entrevistarse con León Trotski en México).

En contraste con lo ocurrido en otros lugares del mundo, el trotskismo argentino no nace a partir de la ruptura o expulsión de una tendencia interna a un partido de masas (socialista o comunista) sino como producto de iniciativas individuales enmarcadas en un “clima de época” (en el cual el trotskismo era la referencia internacional que podía canalizar el descontento con la política de la URSS o una referencia anticapitalista y marxista para quienes se hallaban descontentos con el PCA). En ese origen, marcado por una

marginalidad tan pronunciada respecto de las luchas de masas y las corrientes de izquierda existentes, adquieren sentido las características del primigenio trotskismo argentino. Discusión teórica, elaboración programática y, a lo sumo, actividades de propaganda: la política de los pequeños círculos atomizados se planteaba en términos fundacionales. Esta suerte de “nueva izquierda” debía conquistar su espacio en medio de una clase obrera cuya hegemonía se disputaban comunistas, socialistas, anarquistas y sindicalistas; todas corrientes con largos años de experiencia y arraigo en la clase obrera argentina.

Será en el marco de la etapa seminal del peronismo cuando el círculo militante de un casi adolescente Nahuel Moreno (tiene 19 años recién cumplidos cuando se produce el golpe de Estado de 1943) pase a denominarse Grupo Obrero Marxista (GOM) y decida darse una política de decidida inserción en la clase obrera, precisamente en los momentos en que sus estructuras sindicales se hallaban en plena ebullición.

Los “morenistas” ante el peronismo

En los primeros años del gobierno militar, el grupo morenista elaborará una caracterización del peronismo que, en trazos gruesos, permanecerá a lo largo de las décadas. Por un lado, en su alineamiento internacional verán en Perón a un “*agente político de la City de Londres*” (periódico *Frente Proletario*, citado en González, 1995, p. 126). Pero a diferencia del PCA, que también señalaba la ligazón entre el gobierno y los intereses británicos, este sector del trotskismo no hablará de fascismo sino que verá al nuevo fenómeno político como un bonapartismo, en tanto y en cuanto se ubica por encima de las clases sociales en sus antagonismos directos, buscando construir una hegemonía duradera. En este marco, su afinidad con Inglaterra sería la que lo alejaría de la creciente dominación continental planteada desde los Estados Unidos de la segunda posguerra:

“El 4 de junio el ejército argentino dio un típico golpe de estado bonapartista para poner orden en la disputa entre los distintos sectores burgueses. Nuestros soldados salieron a la calle, pues, para salvar el orden patronal capitalista (...) Después de muchísimos años, desde 1880, se inició una etapa de independencia relativa. Quedamos a mitad de camino, en realidad, pues nos independizamos del imperialismo británico y no fuimos totalmente colonizados por el yanqui y, aunque éste ejerció una tremenda presión y ofensiva hacia la colonización, ese proceso no llegó a plasmarse totalmente en nuestro país” (Moreno, 2008, p. 184)

A partir de esta evaluación de un gobierno bonapartista que hace equilibrio entre dos potencias en pugna y busca conciliar los intereses de distintas clases sociales nativas, el GOM no participará de la contienda electoral de 1946. Se limitarán a propagandizar un “Frente Único Proletario” cuyo valor electoral era inexistente pero le ahorra a la joven organización la dura elección entre el apoyo a un gobierno que veían como ajeno, por un lado; o el voto a la Unión Democrática, por el otro. Por añadidura, los dotaba de una consigna de carácter permanente para el trabajo político de base, más allá de los vaivenes de la vida política y electoral.

Previamente, también se habían distinguido del PCA por su muy distinta caracterización del 17 de octubre de 1945. Se puede incluso constatar en lo escrito años después por Milcíades Peña, probablemente el morenista más adverso al peronismo:

“Días después del 17 de octubre, el vocero oficial del Partido Comunista decía de los obreros peronistas que eran “manifestantes de la esclavitud”, “conglomerado aullante”, “turbas borrachas”, “maleantes y desclasados”, y afirmaba: “Jamás los auténticos obreros argentinos hubiesen dado ese espectáculo” (Orientación, octubre 24, 1945). Eso quería creer también la

burguesía, pero se equivocaban. Fue verdaderamente la clase obrera la que estuvo en las calles el 17 de octubre de 1945” (Peña, 1986, p. 80-81)

Hagamos a un lado la permanente construcción “en espejo” que los trotskistas plantearon cíclicamente respecto de los comunistas oficiales, por la cual las definiciones propias se construyen primordialmente a través de la crítica de las ajenas. La realidad es que hay mucho en común entre las caracterizaciones del pequeño círculo morenista y las del PCA posterior al XI Congreso. Lo que los distanciaba, además de sus pertenencias ideológicas contrapuestas, era que en el medio habían sucedido, justamente, dos hechos fundacionales: el 17 de octubre y el triunfo electoral peronista. Y corriendo en paralelo con dichos hitos, se produjeron las profundas transformaciones del sindicalismo argentino en 1943-1946.

La reorganización del movimiento obrero

A diferencia de lo que sucede con el PCA, el rastreo de la política sindical del morenismo es relativamente sencillo: un grupo de investigadores partidarios elaboró una historia de dicha corriente hace años (González, 1995 y los dos tomos subsiguientes). Si bien toda “historia oficial” suele contener miradas muy parciales, en este caso nos hallamos ante un trabajo valioso por varios motivos. En primer lugar, se trata de una historia correctamente documentada y basada en un trabajo de archivo notable. En segundo lugar, para los fines de este trabajo resulta fundamental conocer “la cocina” del “intelectual colectivo”: ya que estamos estudiando una época en que todas las izquierdas hicieron crisis ante la emergencia de un fenómeno novedoso e inesperado, es importante conocer como elaboraron su intervención las corrientes marxistas, incluso cuando sea necesario contrastar exhaustivamente estos planteos con su concreción efectiva. Y finalmente, porque se trata de un trabajo de “historiografía por abajo” muy interesante, que relata con lujo de detalles distintas experiencias de inserción gremial por parte de los morenistas (seguramente se deba a su escasez numérica en aquellos tiempos, que podría facilitar la documentación y sistematización de las diversas militancias)

Además de esta historiografía partidaria, contamos con los trabajos de Nahuel Moreno y Milcíades Peña, que sirven como marco explicativo más general². Es justamente el principal referente de este grupo militante quien hace una somera caracterización de la situación que se vive con el desarrollo del proceso peronista:

“Los años 40 presenciaron el surgimiento de un nuevo movimiento obrero, cuya espina dorsal era el trabajador venido del interior (...) debemos mencionar su falta de tradición izquierdista (...) La formación de sindicatos industriales venía desde la década del 30, pero entonces el proceso avanzó cuantitativamente. La sindicalización industrial abarcó todos los rincones de la Argentina y todas las industrias. La CGT, que agrupaba a poderosas asociaciones obreras, comenzó a jugar un papel decisivo en la vida argentina. Sin embargo, el hecho remarcable de la etapa es, sin dudas, de carácter cualitativo: se legalizó el funcionamiento de las comisiones internas y los cuerpos de delegados (...) Eso es lo verdaderamente histórico porque

² Milcíades Peña se alejará finalmente de la corriente de Moreno. Pero en lo que hace a sus análisis históricos, me remito a las palabras de Omar Acha: “Carece de sentido intentar dirimir el tema de la procedencia de las ideas históricas entre Moreno y Peña, porque lo esencial es que salvo en la evaluación del peronismo (liminar en el alejamiento de Peña de la corriente morenista), las posiciones pertenecían a un suelo común, sin lugar a discusiones replanteado por el más joven en un vasto trabajo de historiador, una destreza investigadora que Moreno jamás reclamó” (Omar Acha, “Estudio preliminar” en Moreno, 2008). Cabe aclarar que si bien es cierto que el peronismo fue clave en la ruptura entre ambos personajes, ésta tuvo más de divorcio estratégico (relacionada a qué política darse ante el fenómeno) que de caracterización y evaluación histórica. De hecho Moreno cita permanentemente las conclusiones de Peña sobre el peronismo en su *Método de interpretación de la historia argentina*. Esta ruptura, más “política” que “historiográfica” entre ambos personajes, seguramente también se relacione con las distintas orientaciones vitales de ambos: un perfil de organizador y dirigente político por un lado, un carácter más intelectual y ligado a la investigación rigurosa por el otro. Estas dos perspectivas, analizadas al calor de la ruptura, pueden incluso derivarse del final de la cita de Acha.

significa la aparición de una nueva forma de organización del movimiento obrero, de enormes posibilidades” (Moreno, 2008, p. 193)

No me interesa ahondar sobre las apreciaciones que hace Moreno del proceso histórico inmediatamente previo (la mirada sobre el “nuevo movimiento obrero” y los “cambios cuantitativos”). Creo que la clave para entender la política sindical morenista de la época se halla al final de la cita: se abrían “enormes posibilidades”. Es decir, para un grupo militante pequeño que buscaba crecer al calor de las luchas obreras, las transformaciones que atravesará la clase trabajadora argentina desde los primeros tiempos del peronismo representan una oportunidad; y no una realidad desagradable a la que se le plantea un enfrentamiento o se la analiza en clave de adaptación defensiva.

Así, la política sindical morenista estará marcada desde el primer momento por un camino casi contrario al que recorría la militancia del PCA. Formarán parte de la fundación de la Asociación Obrera Textil (afín al gobierno) en momentos donde la representatividad de los obreros de la rama de actividad se halla en disputas con otra organización gremial, en la cual tenían gran influencia los comunistas.

También participarán en las huelgas de la carne de enero y abril de 1946 dentro del gremio dirigido por Cipriano Reyes (némesis del comunista José Peter) y, como consecuencia de esa política, lograrán asentarse en un barrio de Avellaneda, Villa Pobladora, en la cual harán base para otros trabajos de implantación gremial. Sus vinculaciones sindicales incluso presentan una derivación en el ámbito de la evaluación histórica: los morenistas verán en el efímero Partido Laborista (justamente, encabezado por Reyes) una “oportunidad desaprovechada” para la construcción de un partido que, si bien reformista, permitiera organizar independientemente a los trabajadores argentinos.

El GOM/POR en el transcurso de la década peronista

Es preciso señalar que, a pesar de que inicialmente avanzaron en direcciones contrarias (unos resistiendo la avanzada peronista en los gremios, otros interviniendo activamente en la refundación peronista del movimiento sindical), las líneas de propaganda y agitación a partir de las cuales los morenistas se insertarán en la clase obrera no presentan grandes diferencias con aquellas que se proponían desde el PCA. Desde ambos sectores se busca construir oposiciones sindicales a las direcciones oficialistas haciendo blanco en la creciente burocratización de las estructuras, planteando la necesidad de luchar por el salario, independizarse de la tutela estatal y construyendo democracia sindical.

En los primeros años de la segunda presidencia de Perón, el Partido Obrero Revolucionario (POR, nueva formación creada por los morenistas en 1949) también toma nota de cierta apertura política del peronismo (que en el PCA había tenido eco mediante el llamado “caso Real”) y elabora una táctica particular. Con mucho menor anclaje en el movimiento obrero que los comunistas, no se plantea el lanzamiento de una corriente intersindical nacional (como lo era el Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos) sino que concentra sus esfuerzos en la construcción de “oposiciones sindicales” en gremios específicos.

Es el caso, nuevamente, de la Asociación Obrera Textil. Allí, lo que en verdad hicieron los militantes del POR fue integrar la lista Verde conducida por Andrés Framini, que disputaría (y ganaría) la conducción del gremio a otra facción peronista. Esta táctica sería replicada, con disímiles resultados, en el gremio metalúrgico, del vidrio, gráficos, y otros (González, 1995, p. 211-216). Esta política de “unidad con entrismo” tendría su correlato político-institucional con el ingreso de los morenistas al Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN, formación alentada por el peronismo a partir de desprendimientos del socialismo) en 1954, experiencia que no sobreviviría al golpe de Estado del 55.

Fin del gobierno peronista y balances

Al igual que el PCA, el morenismo enfrentará a la autoproclamada “Revolución Libertadora”. Pero a diferencia del resto de la izquierda oficial (e incluso del muy discutido apoyo comunista a la Iglesia Católica en su disputa con el gobierno), el POR militará una línea netamente antigolpista desde meses antes de la caída de Perón:

“La Iglesia, como agente del imperialismo yanqui y de los explotadores, está a la vanguardia de la ofensiva yanqui para colonizar el país. En estos momentos, en que el gobierno hace concesiones al imperialismo yanqui, la Iglesia ve la oportunidad para debilitarlo, y junto con todos los elementos “contreras”, radicales, conservadores, socialistas reppetunos y comunistas, que por un raro fenómeno se están convirtiendo al catolicismo, trata de formar un gran frente con base popular que derrote al peronismo e implante una dictadura tipo Castillo Armas y que entregue el país atado de pies y manos al imperialismo yanqui. Un gobierno que haga todo lo que la patronal quiere: que se anulen las conquistas obreras, que los convenios colectivos se arreglen entre el directorio y el jefe de personal” (periódico *La Verdad*, 21/04/1955, citado en Moreno, 2008, p. 203)

“Lo que hace que en algunos hechos estemos junto al gobierno peronista y frente a la oposición se debe a que, si bien estamos a favor de la sustitución del actual gobierno por un gobierno de la CGT y de todas las organizaciones obreras y campesinas, estamos en contra de que el actual gobierno sea reemplazado por un gobierno de los curas, los patrones y el imperialismo yanqui” (periódico *La Verdad*, 05/09/1955, citado en Moreno, 2008, p. 205)

Un somero (y lapidario) balance de la década peronista en términos de clase será planteado por Peña y luego reivindicado por Moreno:

“El 15 de septiembre de 1955, como el 3 de junio de 1943, la República Argentina seguía siendo un país atrasado y semicolonial, dominado por una burguesía terrateniente e industrial trustificada entre sí y con el capital financiero internacional, con la trascendental variante de que la vieja metrópoli británica había disminuido su participación y Norteamérica aumentado la suya. Y, a diferencia de lo que ocurría en 1943, el país estaba iniciando un nuevo ciclo de endeudamiento masivo al capital financiero internacional.

Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el Estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la “revolución peronista”” (Peña, 1986, p. 130)

El balance que quedó pendiente, de todas formas, es el de la política morenista durante el peronismo. En el cierre del tomo que estudia este período específico, los historiadores partidarios se limitan a citar un relevamiento de lo que han hecho de sí los otros grupos trotskistas, cuya gravitación política era insignificante (González, 1995, p. 246-248)

En el período inmediatamente posterior al estudiado, los morenistas (ya bajo su nueva denominación, Palabra Obrera) profundizarán la línea “entrista” en el peronismo, ensayada durante la experiencia del PSRN y la construcción de las “oposiciones sindicales”. Un militante de aquellos tiempos concluye en un duro tono autocrítico:

“La fuerte actividad en el movimiento obrero se desarrolló en la contradicción a la adhesión al peronismo y la oposición a los burócratas sindicales de igual procedencia ideológica. Si algo marcó esa época, fue la política respecto del peronismo, el virtual entrismo en el mismo a partir de su derrocamiento por el golpe militar de 1955, nuestra identificación con Perón y su dirección partidaria, con lo cual toda afirmación clasista o revolucionaria por parte de PO quedaba cuestionada. Esto sembraba confusión entre nuestra base y los sectores afines del movimiento obrero”
(Pereyra, 2014, p. 88-89)

Resulta difícil afinar un balance en torno a la experiencia de este sector trotskista durante aquellos años, más basándonos en reflexiones que proyectan el recorrido unos años más allá del período analizado (es decir, a los años de la Resistencia a la “Libertadora”). La tarea es casi imposible, fundamentalmente, porque además no hay un resultado histórico medianamente considerable. Los morenistas eran un pequeño grupo de perfil intelectual cuando nace el peronismo, y para 1955 han crecido numéricamente y han conseguido desarrollar interesantes experiencias sindicales, pero siguen siendo un espacio político marginal y sin proyección a nivel nacional. Habrá que esperar recién a la década del 80, con una Argentina obrera profundamente transformada y mutilada por la dictadura de 1976-1983, para que esta corriente de lugar a un fenómeno verdaderamente masivo (el Movimiento al Socialismo) que incluso tendrá alcance continental. Para aquel momento, seguramente el aprendizaje de los cuadros y la dirigencia partidaria habrán hecho un aporte útil en la construcción de una experiencia trotskista de peso político y sindical, pero son muchos los “factores exógenos” que también coadyuvan al resultado.

Sirva esta última cita, como otras reflexiones que se han planteado y compartido en este trabajo, para poner en la balanza elementos relacionados con las dificultades que aparejan las distintas apuestas revolucionarias. Siempre tensionadas por la necesidad de activar la participación de las más amplias masas, a la vez que se busca elaborar claridad política y estratégica.

BIBLIOGRAFÍA

Acha, Omar (2006). *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires: Eudeba.

Alvarez, Gerónimo Arnedo (1946). *Cinco años de lucha. Entre el X y el XI Congreso*. Buenos Aires: Anteo.

Alvarez, Gerónimo Arnedo (1951). *El Partido Comunista en las luchas de la clase obrera y el pueblo por sus reivindicaciones*. Buenos Aires: Anteo.

Alvarez, Gerónimo Arnedo (1954). *Asegurar la paz para conquistar el bienestar social y defender la libertad e independencia nacional*. Buenos Aires: Anteo.

Arévalo, Oscar (1986). *El Partido Comunista*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- Camarero, Hernán (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Camarero, Hernán (2012). “Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero argentino: crítica historiográfica y argumentaciones conceptuales”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda n° 1*. Buenos Aires: CEHTI.
- Camarero, Hernán (2013). “Antiguas controversias, nuevos enfoques: clase obrera, sindicalismo y comunismo en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Un estado de la cuestión”, en *PolHis*, año 6. Número 11.
- Camarero, Hernán y Ceruso, Diego Rubén (2014). “Las estrategias en el lugar de trabajo del Partido Comunista en Argentina desde sus orígenes hasta 1943: células, comités de fábricas y comisiones internas”, en *Anuario de Historia Argentina (14)*. Disponible en www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar
- Campione, Daniel (sin fecha). “El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”. Disponible en: <http://www.lahaine.org/b2-img/campcom.pdf>
- Di Tella, Torcuato S. (2003). *Perón y los sindicatos: el inicio de una relación conflictiva*. Buenos Aires: Ariel.
- Godio, Julio (1990). *El movimiento obrero argentino (1943-1955). Nacimiento y consolidación de una hegemonía nacionalista-laboralista*. Buenos Aires: Legasa.
- Gonzalez, Ernesto (1995). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo I: Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*. Buenos Aires: Antídoto.
- Iscaro, Rubens (1958). *Orígenes y desarrollo del movimiento sindical argentino*. Buenos Aires: Antelo.
- Jáuregui, Aníbal (2012). “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953”, en *A Contracorriente*, vol. 9, n° 3. Disponible en: <http://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/download/222/498>
- Meléndez, Raquel y Monteagudo, Néstor (1971). *Historia del movimiento obrero*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Mero, Roberto (2014). *Conversaciones con Juan Gelman*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Moreno, Nahuel (2008). *Método de interpretación de la historia argentina*. Buenos Aires: Pluma.
- Ouviña, Hernán (2010). “Traducción y nacionalización del marxismo en América Latina. Un acercamiento al pensamiento político de René Zavaleta” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XI, N° 28, noviembre.
- Paso, Leonardo (1988). *Elementos de la evolución histórica argentina: de la colonia al golpe de Estado de 1943*. Buenos Aires: Asociación Amigos de la Historia.
- Peña, Milcíades (1986). *Masas, caudillos y elites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: El Lorraine.
- Pereyra, Daniel (2014). *Memorias de un militante internacionalista*. Buenos Aires: RyR.
- Schiavi, Marcos (2009). “Clase obrera y gobierno peronista: el caso de la huelga metalúrgica de 1954”, en Schneider, Alejandro (comp.) *Trabajadores. Un análisis sobre el accionar de la clase obrera argentina en la segunda mitad del siglo XX*. Buenos Aires: Herramienta.
- Schiavi, Marcos (2013). *El poder sindical en la Argentina peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Tarcus, Horacio (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé.

Torre, Juan Carlos (2011). *La vieja guardia sindical y Perón*. Buenos Aires: RyR.

Materiales del Archivo Histórico del Partido Comunista de la Argentina

Diario "La hora", ediciones de noviembre de 1945 a febrero de 1946.

"Plataforma electoral nacional". Febrero de 1946.

"Por una reforma constitucional antioligárquica y antiimperialista. Posición del Partido Comunista sobre la reforma de la Constitución". 1948.

"El Segundo Congreso de la Federación Sindical Mundial y el Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos. Informe del compañero Rubens Iscaro", septiembre de 1949.

"A propósito del discurso del Gral. Perón invitando a los trabajadores a formar un Frente Popular Unido para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista. Declaración del Partido Comunista". Abril de 1952.

"Ante la huelga metalúrgica y la lucha de los trabajadores por los aumentos de salarios. Declaración del Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos". Junio de 1954.